GT 28: Humanidades: las fronteras de la Universidad

Algunas ideas sobre los aportes de la Filosofía de la Educación a la discusión sobre la Universidad.

Rosario Olivares Saavedra

Dra (c) en Estudios Americanos, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile IDEA-USACH. Profesora y Licenciada en Filosofía por la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, Chile.

rosario.oliv@gmail.com

Apuntes sobre la Universidad en Chile

Con la dictadura militar la educación chilena sufrió importantes transformaciones en todos sus niveles, tanto en sus fundamentos teórico-políticos, como en su administración, su institucionalidad y su organización; cambio que por supuesto fueron impuesto bajo una brutal violencia, con intervenciones en escuelas, liceos y universidades; y con detenciones, torturas y desapariciones de estudiantes, profesores y académicos. El decreto de la Junta de Gobierno decía: «es misión fundamental de las fuerzas armadas y de orden, el resguardo y la defensa de la integridad física y moral de la nación y de su identidad histórico-cultural» (Sánchez, 1992). La educación, en ese sentido, era el lugar ideal donde esta misión tomaba forma.

Hasta el Golpe Militar de 1973, la universidad en Chile gozó de una tradición pública y laica desde la fundación de la Universidad de Chile en el año 1842 por el venezolano-chileno Andrés Bello, y la Universidad Técnica del Estado UTE, fundada y creada, por las necesidades de la época, en el año 1947, a través de la fusión de distintos Escuelas, como la de Artes y Oficio, las de Minas, Industria e Ingeniería.

Hoy, 40 años después de ese oscuro y doloroso episodio de la historia reciente de nuestro país, no queda más que el leve recuerdo, un relato, o casi una mitología, de que alguna vez la Universidad en nuestro país fue Pública, sostenida y apoyada por el Estado.

La borradura de esa tradición fue rápida, la idea era dar paso pronto a la «universidad neoliberal», proyecto tan anhelado por los políticos y economistas de la Derecha. El proceso se llevo a cabo de forma muy prolija y meditada, y para dar cuenta de esa situación, vale la pena relatar algunos acontecimientos fundamentales en este cambio de concepción sobre la Universidad.

Hasta el año 73, la Universidad de Chile funcionaba como la Universidad Pública por excelencia, contando con varias sedes regionales e Institutos pedagógicos[1]. Tras el Golpe, la universidad pasó a ser dirigida por un rector militar designado, el general de la Fuera Aérea César Ruiz, como pasó con todas las instituciones educativas del país, con el fin de erradicar el marxismo. «En términos generales, se sabe que la autorización moral y política para intervenir las universidades, y en general todo tipo de instituciones estatales y civiles, ha provenido principalmente de la Doctrina de Seguridad Nacional. Tal doctrina concibe a la sociedad nacional en peligro de desintegración por la acción subversiva de un enemigo interno: el marxismo» (Sánchez, 1992). Lo mismo pasó en la UTE, donde es nombrado rector el coronel del ejército, Eugenio Reyes.

Bajo la dirección de los militares, se llevaron a cabo radicales cambios. La mutilación de ambas universidades, con la respectiva independización de las sedes regionales y técnicas; bajas en el presupuesto; y apertura sin límites del ámbito privado, llevando finalmente a las universidades pública a verse en la obligación de jugar con las reglas de mercado, sobre todo debido a las deudas generadas en ese período, mediante una rápida alza en los arancel de las carreras, para buscar el autofinanciamiento, pasando en cuatro décadas de ser gratuita a cobrar en promedio 5.000 dólares anuales.

Los postulados educativos principales, en los que se enmarcaba esta «nueva universidad», eran básicamente los mismos para todo el sistema educativo: la calidad, la igualdad de oportunidades, y fundamentalmente, la descentralización, pasando de un Estado Docente, a una Sociedad Docente, objetivo final del Proyecto Neoliberal que se estaba implantando (Cfr. Ruiz, 2010).

A todo este panorama, principalmente económico y de la relación del Estado con la educación, debemos mencionar otras rupturas importantes en las universidades, como lo fueron el termino de cualquier proceso de democratización; la censura de algunos temas y autores, principalmente en el área de las Humanidades y Ciencias Sociales; el cierre o

1 Sedes Regionales: Arica, Iquique, Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Talca, Ñuble, Temuco y Osorno. Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en Santiago y Valparaíso, e Instituto Politécnico en Santiago.

congelamiento del ingreso a ciertas carreras de las mismas áreas; la escasa renovación de académicos e investigadores; y el nulo compromiso social de la Universidad como institución con la sociedad en general.

Ya avanzada la primera década del siglo XXI, tras cuatro gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia[2], se ve como esos objetivos planteados en la década de los 70 y 80 de un nuevo modelo educativo y de universidad, fueron profundizados en los periodos de «transición» o de «retorno a la democracia» en la década de los 90. Ya no amparados por una dictadura militar, sino que por las observaciones y sugerencias de organismos internacionales, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la UNESCO o la CEPAL. Siendo el acceso a la educación, el principal «caballito de batalla» de la educación de mercado en las ultimas décadas, convirtiéndose la idea de cobertura en aquella que caracteriza una educación de calidad. Particularmente en la educación superior, las ampliaciones en el acceso vinieron directamente relacionado con la apertura del «mercado universitario»: existe mayor oferta, mínimos requisitos para el ingreso, gran cantidad de formas de pago y hasta obsequios o descuentos por matricularte en tal o cual universidad.

Con todo, y a pesar de las «ganancias», la educación chilena esta en crisis. Esto se ha hecho patente en una serie de movimientos sociales que han surgido durante los últimos 10 años reclamando una mejor educación. La demanda principal, sobre todo en las movilizaciones acontecidas desde el año 2011 —sin querer por esto separarlas de un proceso anterior—, han sido reclamar el derecho a una educación superior gratuita, laica y financiada directamente por el Estado. Y aunque este alegato podamos relacionarlo en un primer termino con problemas en la «forma» o con mejoras en el «acceso»; es una acontecimiento que ha dejado en evidencia las fisuras de modelo universitario, que hoy nos permite ver más el fondo, ver y preguntarnos, por ejemplo, cuáles son los cimientos políticos y filosóficos que ha sustentado este sistema.

La Filosofía de la Educación, una posibilidad de pensar la crisis.

Desde los griegos, la reflexión filosófica en torno a la educación ha surgido por la importancia que constituye educar a los jóvenes para prepararlos para la vida en comunidad, para que se puedan desenvolver en la ciudad desde un punto de vista moral, político y de conocimiento sobre las cosas. Este objetivo obviamente se ha desarrollado en cada época y

2 Coalición política opositora a la dictadura, creada en el Plebiscito de 1988, que logro sacar a Pinochet. Conformada por el Partido Socialista PS, el Partido Demócrata Cristiano PDC, El Partido Radical Socialdemócrata PRSD y el Partido Por la Democracia PPD.

lugar según las características que el Estado a requerido, desde este punto de vista la educación ha tenido desde su primer latido una dimensión estatal y por ende pública y política, fundamental en su despliegue.

Para definir el educar, se han utilizado diverso verbos, como dirigir, encaminar, doctrinar, perfeccionar y enseñar. Este ultimo es él que ha permanecido en la mayoría de los textos que se refieren al tema, educación que ha sido entendida a lo largo de la historia de la humanidad, básicamente, como la «transmisión de conocimiento del profesor al alumno». Así, la enseñanza, se ha centrado en esta transmisión de distintos saberes, más específicamente, a los modos posibles de esta transmisión, y en ello se han jugado la mayoría de las tradiciones y las teorías educativas, naturalizando el concepto hasta nuestros días.

Para el filósofo Jaques Rancière, en la educación se ha generado un mito que cruza toda su historia, en él se funda «la más radical de las tiranías que se ejercen sobre los humanos: la que declara incapaces de servirse de su propia capacidad de pensar y de conocer» (Rancière, 2007). El «mito de la explicación», es la creación de una necesidad, donde los saberes deben ser trasmitidos por «alguien que los maneja mejor que yo», un experto, un profesor, un maestro. En el «Maestro ignorante», el filósofo francés nos habla de la aventura de un maestro, Joseph Jacotot, quién tras ser exiliado a Bélgica, debe dictar una cátedra sin manejar el idiomas del lugar. A comienzos del siglo XIX, época de la formación de la educación moderna, un profesor ve como los estudiantes que están en sus clases aprenden solos lo que él les pretendía enseñar y no podía, en ello observa como se va diluyendo la afirmación explicita en todo teoría educativa que indica que se necesita un maestro para que se pueda llevar a cabo el proceso de enseñanza, ve como los estudiantes desde su voluntad son capaces de aprender.

Para Ranciere-Jacotot, la inteligencia es una capacidad de cualquiera, siendo la igualdad la base desde donde parten su filosofía para pensar la política y la educación. Muy distinto a lo que nos toca vivir hoy, cuando nos dicen que la igualdad es el objetivo en educación; un resultado, que tiene más que ver con la capacidad que todos tienen de adquirir o llegar a cierto conocimiento técnico, que nos permitirá vivir bien, y ascender en el mundo social y económico, que un lugar común en el cual todos y todas nos situamos tanto para educarnos, como para vivir nuestros derechos.

En los tiempo de Jacotot, en los albores de la idea moderna de progreso, la educación fue pensada como «un medio de introducir algunas mediciones entre lo alto y lo bajo: de dar a los pobres la posibilidad de mejorar individualmente su condición y de otorgar a todo el mundo la sensación de pertenecer, cada cual en su lugar, a la misma comunidad» (Rancière, 2007).

Idea que hoy nos parece un poco familiar, ¿o no es acaso esto lo que nos quieren decir cuando se habla de que la educación o la universidad permiten la «movilidad social», por ejemplo? Quizá, es por es motivo, que cuando se piensa en la educación chilena, no es posible hablar de crisis, ¿cómo habría crisis si lo que hay son avance cuantitativos? Más personas dejaron atrás el analfabetismo, completaron la educación básica y media, o son la primera generación que llega a la universidad. Tenemos mejores condiciones de vida, autos, carreteras veloces, acceso a créditos, viajes y aparatos tecnológicos. Y claro, eso nadie lo puede negar.

Pero negarnos la posibilidad de pensar la crisis de la educación con esos argumentos ¿acaso no estará lejos de constituir nuestro verdadero problema filosófico?

Pareciera que la experiencia de Jacotot y la voz Rancière**,** se presentan en la Filosofía de la Educación de un modo violento e intempestivo. Pero sabemos que pensar la crisis, es estar y pensar un conflicto con la realidad, es situarnos desde el disenso, como afirma Rancière, desde aquel lugar donde están los que no forman parte de la discusión, ni menos de los acuerdos (Rancière, 2007). En este sentido, la filosofía que tenga como problema la educación, no podría evitar la crisis.

Filosofía de la Educación en la Universidad

Hoy en tiempos en que la educación es fuertemente cuestionada en todos sus niveles, desde como es concebida por parte del Estado, hasta como es percibida por los propios estudiantes, creemos que es necesario entender, en primer lugar, la educación como un problema filosófico, y como esto ha sido y es, poner en discusión como es concebida no solo una categoría, sino que también una práctica y una política.

Sabemos, que durante mucho tiempo, la filosofía ha abandonado tal discusión, pues la educación pareciera ser un tema más o menos zanjado, o poco importante, o relegado a la Ciencias de la Educación, o a quienes discuten el tema desde otras disciplinas como la economía, la psicología y las ciencias sociales, principalmente concentrada en métodos de enseñanza, estadísticas de deserción, o modos de financiamientos, por nombrar solo algunos problemas. En este sentido, creemos que los aporte de la Filosofía de la Educación, entendida como una filosofía que piensa la crisis o piensa el disenso en el campo educativo, es la oportunidad de poner entre dicho el modo en el que ha sido entendida la educación en un tiempo determinado, y en nuestro caso, el modo en que ha sido entendida la Universidad. Una filosofía que nos permita desnaturalizar las prácticas y los conceptos, y que sea capa de acercarse y pensar los problemas que surge de la contingencia política que generan los

movimientos sociales; como el movimiento estudiantil en Chile, donde millones de jóvenes han salido a las calles y se han organizado, sin que nadie les enseñará como «se hace política», y han logrado instalar una discusión, que muy pocos se atrevían ha dar dentro de la Universidad.

Bibliografía

Rancière, Jacques, *El Desacuerdo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996

Rancière, Jacques, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre emancipación intelectual*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2007.

Rancière, Jacques, *Política, Policía, Democracia*, Lom Ediciones, Santiago, 2007.

Ruiz, Carlos. *De la República al mercado Ideas educacionales y políticas en Chile*. Lom Ediciones, 2010.

Sánchez, Cecilia, *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, Santiago de Chile, CERC-CESOG, 1992.